A Bordo del Huáscar

J. Torres Chavera

A manera de "Aviso a los navegantes"

Amigo lector, estas cuartillas que tratan sobre la visita que hiciera el autor al Monitor Huáscar, están divididas en tres partes:

La primera, es una introducción imaginaria que en nada, pienso, fuerza el tema abordado; si eres benévolo y aceptas dejar fluir tu imaginación como un soñador, tal vez te sientas compensado.

La segunda, es una descripción real. Si se considera que el tratar sobre el famoso Monitor requiere mayor formalidad, entonces, ruego que se lea de ese modo.

La tercera, presenta las mismas características que la primera, es una ficción. Espero sean comprensivos, gracias.

PRIMERA PARTE
Alegoria

Todo comenzó con lo que creí sería unacomisión más. Desde la Comandancia de la Escuadra se habían solicitado algunas fotografías del Monitor Huáscar, motivo por el cual me dirigí al Museo Naval. Allí fui atendido por el Director, quien ordenó al Técnico encargado me brindara todas las facilidades que el caso requería.

Una serie de valiosos cuadros, entre los que se cuentan los de Teófilo Castillo, Spiers, Boudet, Ríos - y hasta uno del Vicealmirante Villavisencio-, fueron cuidadosamente fotografiados, aplicando mayor énfasis en captar aquellos detalles que mostraban gallardo al célebre Monitor entre cielos borrascosos y encrespados mares.

Cuando la tarea casi había llegado a su fin, el encargado me comunicó que en la segunda planta -una especie de altillo-, había un cuadro que tal vez podría interesarme. Una sonora escalera metálica de caracol, bastante oscura, me condujo hacia el lugar indicado.

Jadeante, por fin alcancé el último peldaño. Mis pupilas dilatadas por la penumbra del pasaje recorrido, fueron repentinamente deslumbradas por el súbito contraluz de la habitación a la que ingresaba. Un penetrante olor a trementina, aguarrás y óleo invadió mis pulmones; avancé unos pasos y, sólo por un momento, me pareció percibir bajo las plantas lo que imaginé sería un rígido piso de madera; creía pisar sobre un entarimado o ... ¿una cubierta?

Casi a boca de jarro escuché que alguien decía:

- Buenos días, lo esperaba.

Aguzando la vista y con la voz un tanto trémula por la sorpresa, atiné a responder:

- Buenos días. El señor Director ya le habrá informado que vengo a fotografiar al Monitor Huáscar.

-Si, pero la condición es que lo haga en el mayor silencio.

Quien así se expresaba era un viejo marinero de tez morena, enfundado en un grueso gabán azul. Su prenda de cabeza, del mismo color,estaba ribeteada por una cinta negra donde, en letras doradas, pude leer ¡HUASCAR!

-Aquí a bordo ya no permanecemos sino el Alférez y yo .... Sígame por favor.

Accedí, y flanqueando al viejo tripulante, nos alejamos por aquel piso que ahora me parecía embreado. Casi instantáneamente cesó aquél incómodo deslumbre, las cosas empezaron a dibujarse con nitidez y hasta sentí una inconfundible exhalación marina. Pero mi confusión llegó al límite cuando vi, prendida de un nervio de acero, una guindola circular en la que también decía ... ¡HUASCAR!

Mi asombro fue total, no alcanzaba a comprender ... ¡Me hallaba a bordo del legendario Monitor!

SEGUNDA PARTE

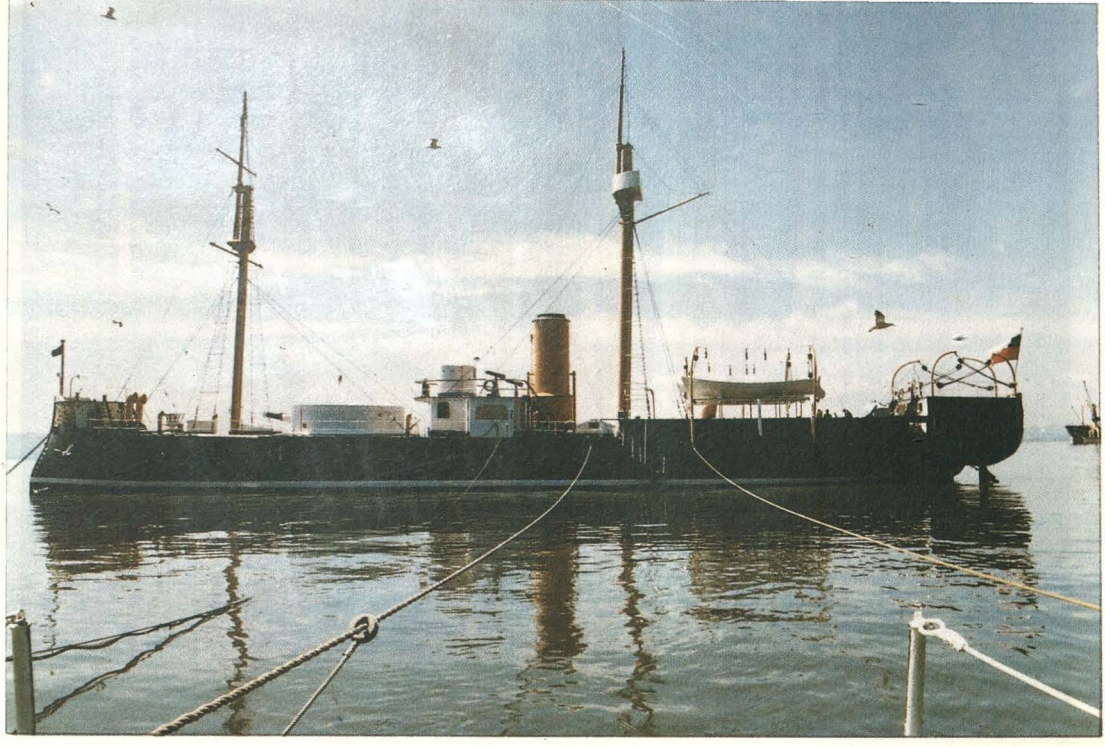
Mas de mil quinientas millas al Sur

Durante una mañana, en la primavera de 1992, el puerto chileno de Talcahuano fue el marco de un exitante abordaje. Habíamos recorrido, mi esposa y yo, más de mil quinientas millas para llegar hasta allí. Para mí se concretaba por fin, casi 30 años después, el íntimo anhelo abrigado desde cuando vestí por primera vez el uniforme de marinero peruano: conocer al más famoso buque tipo monitor de América. Así, finalmente, aquella mañana abordaba el HUASCAR.

Este glorioso Monitor peruano, cual moderno Tritón, combatió en Iquique intrépida y generosamente. Incursionó luego, incontenible, por largos meses, en las costas dominadas por Chile. Ante la continua zozobra y vergüenza, la escuadra enemiga urde una emboscada. Es así que, en Punta Angamos, los proyectiles de la flota chilena logran ponerlo fuera de combate. Zarparon desde allí los marinos a la gloria, quedando el buque a merced de las aguas, mudo testigo del arrojo de que hiciera gala la valerosa tripulación del Monitor. Aquellos fueron los marinos comandados por el Gran Almirante Miguel Grau y aquel buque fue el glorioso Huáscar.

Hoy, en la Base Naval de este puerto, el Monitor se encuentra convertido en un museo flotante que es visitado por numeroso público. Frente a él, impaciente, desenfundo mi cámara fotográfica e inicio las tomas que serán mi más preciado recuerdo.(Foto 1).

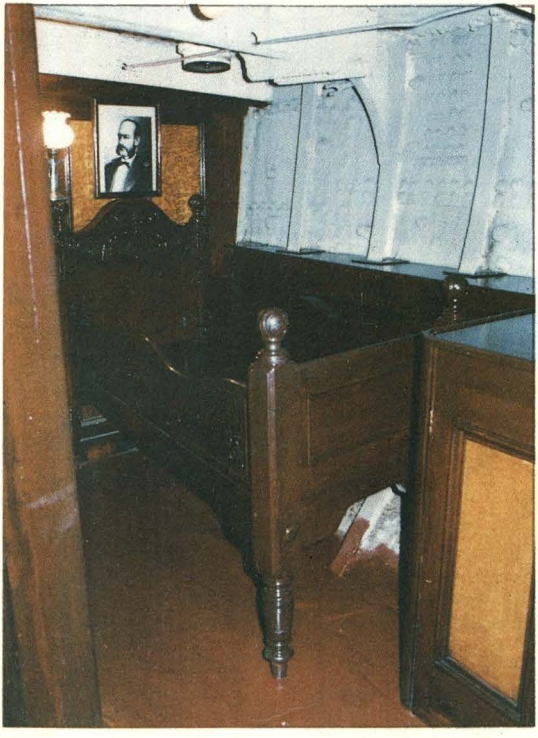
Para abordarlo accedemos a un pontón asegurado entre el muelle y el buque; en el descanso de la escala real una actitud espontánea hace presa de mí y, como si saludase a un viejo amigo, palmeo por tres veces aquel casco templado en numerosos combates.



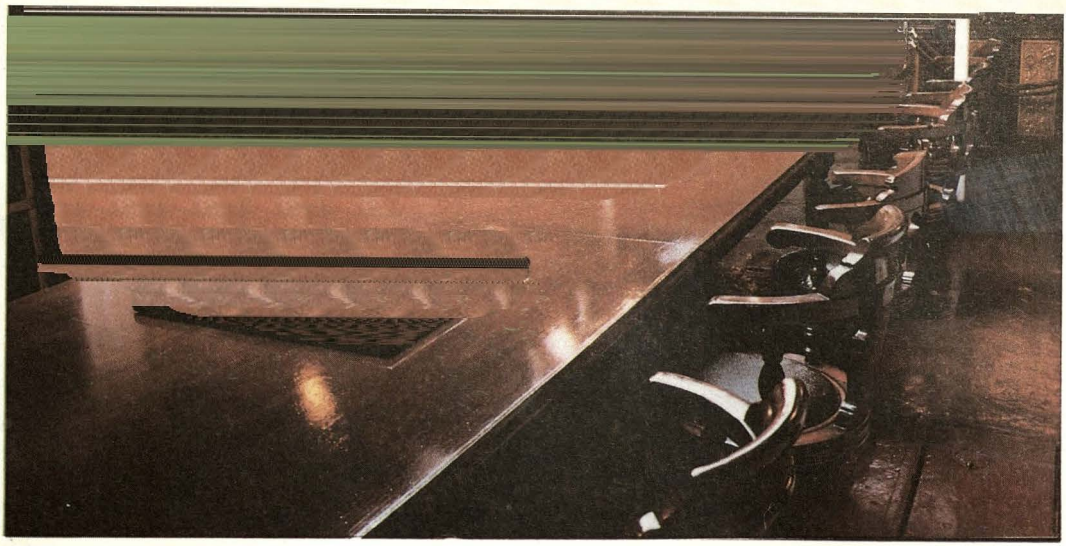
(Foto 1)



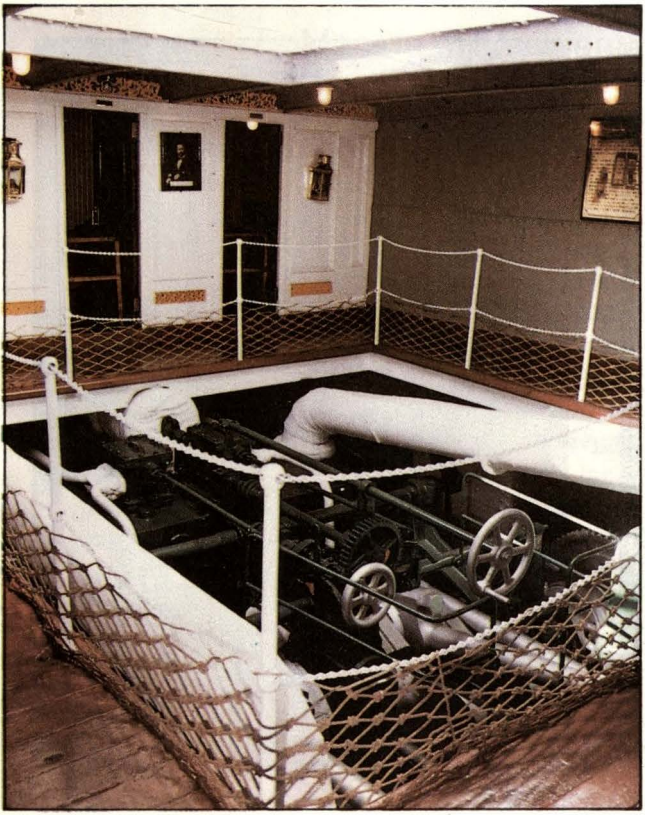
(Foto 2)



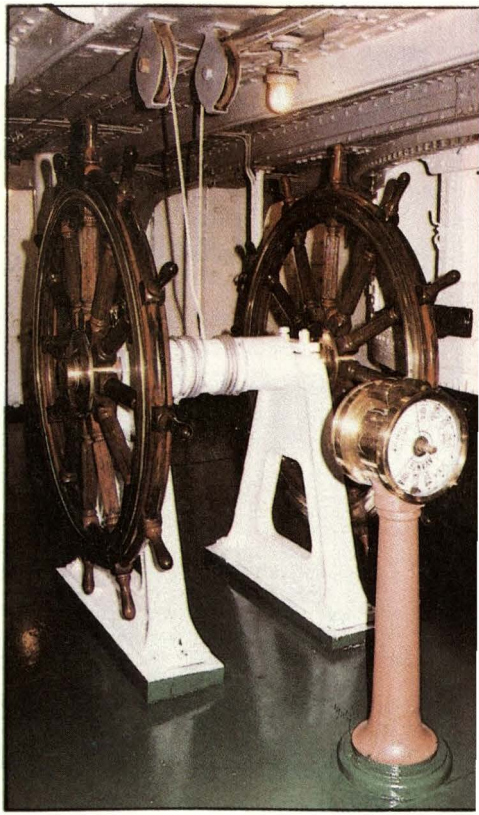
(Foto 3)



(Foto 4)



(Foto 5)



(Foto 6)

Desde el portalón observo instintivamente hacia el lugar donde se ubicaba la torre de mando, aquella en la que se inmolara nuestro Gran Almirante. Una sensación de sublime respeto me embarga al saberme junto a este sagrado lugar.

Muy cerca, una estructura de bronce en forma de cúpula rodea una brillante placa circular, donde se lee: "Homenaje de la Armada de Chile al Almirante Peruano Don Miguel Grau, caído en defensa de su patria el 8 de octubre de 1879".

Por el apremio en dar inicio a nuestra visita, solicito a nuestra guía, Mafalda Coutiño, nos conduzca a la cámara del Almirante, situada ahora a estribor en la segunda cubierta de popa. (Foto 2)

Soy consciente de que aquel buque que estoy visitando no está como cuando llegó al Callao en 1866, ni como cuando combatió en Iquique ni, menos aún, como cuando se batió a sangre y fuego en Angamos. Ya no es el mismo, lo sé; pero siento que hay todavía a bordo como un hálito de los peruanos quienes lo tripularon. En la pequeña cámara, y ocupando un lugar preferencial, el retrato al óleo del Gran Almirante Grau nos recibe con cálida y serena mirada.

Una mesa de centro rodeada de muebles empotrados, forrados en cuero marrón, brindan la comodidad necesaria. La iluminación proviene de candelabros y candeleros metálicos adaptados para contener bombillas eléctricas, asegurados unos al cielo y otros a los mamparos.

Sobre la banda de estribor una puerta nos comunica con el reducido camarote, y lo primero que se destaca es un escritorio. Aquí se aprecia una copia de la carta que dirigiera el vencedor de Iquique a la Sra. Carmela Carvajal, esposa del Comandante Prat. Ello me hace pensar en las misivas llenas de ternura, escritas también aquí, que fueran enviadas a sus pequeños hijos y a su esposa Dolores. A mi diestra, adosada a las planchas del forro interior, está la cama de madera tallada color caoba oscuro y, sobre la cabecera, otro retrato -aunque no muy acertado- de nuestro héroe; un velador y dos cómodas completan el mobiliario del austero camarote. Imagino sus horas de soledad entregadas a la meditación y a la reflexión de las decisiones que bien sabía hacia donde lo conducirían. (Foto 3).

Pasamos después a la cámara principal. Dos grandes lumbreras dejan caer un torrente de luz cenital alumbrando agradablemente el ambiente; tres candelabros colgantes se suman a ella. Flanqueada por los camarotes de los oficiales, enchapados en blanca madera, se halla una gran mesa con sus respectivas sillas. Un cuadro representando a un grupo de marinos chilenos y algunos otros de combates navales dan las pinceladas de color apropiadas. Junto al mamparo de proa se encuentra instalado un aparador de fino acabado, tres adornos se posan sobre la superficie de mármol blanco. En el mamparo orientado hacia popa, cuelga un gran espejo biselado de grueso marco dorado, reflejando casi en su integridad este comedor y dándole sensación de mayor amplitud.

En este ambiente se muestran también algunos partes oficiales, así como una publicación que sobre el combate de Iquique publicara el diario El Comercio de Lima.

Sin quererlo, mi mente reproduce este mismo compartimiento saturado de fuego y metralla, con la sangre de nuestros marinos tiñendo de rojo intenso cada milímetro de esta cámara y cada rincón de este pedazo de patria, aquel 8 de octubre de 1879, formando así un dantesco cuadro. (Foto 4).

Proseguimos nuestro recorrido por interiores hacia proa e ingresamos a la sala donde se encuentra la máquina que ayer propulsara a este insigne Monitor; estratégicamente instalada bajo la línea de flotación, quedó de este modo protegida de los disparos adversarios. Esta máquina, cuyas piezas han permanecido inmóviles durante tanto tiempo, podía desarrollar una potencia de 1,200 HP. Hoy, desde el pasadizo que la contornea, los visitantes pueden apreciar esta muestra de ingenio naval decimonónico. En esta zona también se ubican algunos camarotes.

Fue en este lugar donde el Alférez Herrera, cumpliendo la disposición del Teniente Gárezon, mando evacuar a los heridos y, con voz perentoria, oredenó abrir las válvulas de fondo para hundir el Monitor. Todo, menos rendirlo.(Foto 5).

Más adelante tenemos la sala que albergaba las calderas. Cuando se decidió hacer del Monitor un museo, se construyó, en la parte superior que ocupaban aquéllas, una cubierta de madera destinada a sala de exhibición. Efectivamente, ahora encontramos allí dos vitrinas con algunas copias de cartas, oficios y otros documentos. También se ha levantado un pequeño altar para oficios religiosos. De dos puntales de cubierta cuelgan cuatro fanales portátiles de bronce y, de los mamparos, una serie de óleos con personajes navales adornan el recinto. (Foto 6).

Bien sabemos que aquella mañana, en Angamos, nadie, en ningún momento, pensó en rendirse; muestra de ello son las tres oportunidades en que fuera averiada la rueda de gobierno, recurriéndose a maniobrar mediante aparejos a fin de continuar en el combate. Y es precisamente esa rueda de cabillas doble y un telégrafo de órdenes lo que tengo ahora frente a mí. (Foto 7).

Unos pasos más allá, la mole dentada de la parte inferior de la torre de los cañones me cierra el paso; las portas para elevar los proyectiles y para el ingreso de los artilleros permiten observar el interior. Originalmente, la torre de combate, ideada y patentada por el Capitán de Navío de la Real Armada Británica, Cawper Coles, fue montada con dos cañones de trescientas lbs. y de 10" de calibre de abancarga. El movimiento de ronza, así como de carga de los proyectiles, era manual, constituyendo una faena dura y fatigosa en las que nuestros artilleros demostraron entrega y valor sin límites.

Posteriormente, en 1882, los cañones de 10" fueron cambiados por los de 8" de retrocarga, dotándose a la torre de un winche a vapor para agilizar su movimiento; es así como la vemos en la actualidad. Una gruesa compuerta metálica con un ingenioso sistema de engranajes, aisla esta parte de lo que era el sollado de tripulación.

Este alojamiento de cubierta color verde es amplio. Está iluminado por la luz que se filtra por la escotilla de ingreso desde una lumbrera rectangular. Hacia proa, el sollado va estrechándose ligeramente hasta el mamparo de colisión de proa. Sobre la línea de crujía se puede ver la parte inferior del eje del cabrestante y el cuerpo interior del palo trinquete, los cuales, atravesando las cubiertas, se proyectan hacia la quilla. Entre eje y palo hay una escala que conduce a la cubierta principal; el único mueble que encontramos aquí es una vitrina, que en su interior contiene un modelo a escala del Huáscar. Entre los cuadros que se exhiben, se destaca uno que reproduce la muerte del Comandante chileno Arturo Prat, obra del pintor inglés Thomas Sommerscales.

Antes de abandonar el sollado, imaginariamente, escucho el tranco veloz y decidido de la marinería respondiendo al llamado vibrante del Corneta convocándolos al combate ...¡Allí me parece ver a Unánue, a Robles, a Mantilla, a Mejía! (Foto 8).

Mis cavilaciones son levemente interrumpidas por nuestra guía, quien nos invita a continuar con el recorrido.

Ascendemos a la cubierta principal frente al castillo de proa. De por medio veo el nuevo cabrestante que lleva en la parte superior una campana con el nombre del Monitor. A continuación, una lumbrera y dos cachimbas de ventilación con una cadena de ancla adujada en la base descansan en cubierta. Finalmente dos escalas, una por banda, conducen a la parte superior del castillo, en donde vemos dos bitas, dos pescantes y el palo del jack. Mirando a plomo, la cuchilla del temible espolón hiende el agua seis pies, delante de la roda. Valiéndose de él, el Almirante Grau y su tripulación enviaron al fondo de la rada de Iquique a la Esmeralda, el 21 de mayo de 1879.

El castillo a modo de atalaya nos invita a efectuar un alto en el recorrido y a echar una mirada a tierra. Paseamos la vista por las laderas verdes de eucaliptos y pinos. Las casitas de vivos colores parecen colgadas de las ramas, como adornos esparcidos irregularmente. (Foto 9).

Temprano por la mañana habíamos hecho ya un paseo por el puerto; los transeúntes, niños y adultos, ponían movimiento y actividad en las calles de la zona urbana, que se veían pulcras. La plaza principal, de verdes jardines, tiene en su perímetro edificios públicos y comerciales. Tras un andamiaje asoma con esbeltas líneas lo que más tarde ha de ser una iglesia; a dos cuadras, poco más o menos, el alegre bullicio de los niños nos indica la ubicación de una escuela.

La actividad pesquera se ve ágil; las embarcaciones que entran y salen de fondeaderos y muelles de las plantas que procesan los productos del mar, así lo denotan. En el terminal marítimo, los maniobristas de los buques mercantes se ven atareados en sus faenas de estiba; el chirriar de las plumas se confunde con el graznar de gaviotas y guanayes.

- Talcahuano es un puerto que pertenece a la provincia de Concepción- nos aclara nuestra guía, y agrega: - Debemos continuar la visita, ahora por la cubierta principal.

Bajamos del castillo por la escala de babor y nos encaminamos por la pulida cubierta de pino americano hasta la fogonadura del palo trinquete. Mirando a lo alto distinguimos el mastelero con vergas y flechastes; como bien sabemos, este palo no es el original, aquél era trípode y tenía una cofa circular; el que observamos en este momento no tiene aquellas características.

A continuación, y ocupando la cubierta en casi toda la extensión de la manga, está la torre giratoria de los cañones de 8" que ya hemos descrito. En Angamos, el estampido del primer cañonazo en ese desigual combate salió precisamente de esta torre, y fue como la voz viril y decidida de toda la dotación.

Más tarde, las granadas perforantes Palliser del blindado chileno Cochrane, causarían destrucción y muerte por doquier. La torre fue duramente abatida y sucumbieron heroicamente Aguirre, Rodriguez y otros doce tripulantes, entre ellos Dueñas, Selendón, Ríos, Noguera; gravemente heridos resultaron Carvajal, Palacios

(falleció días después) y Santillana, y los marineros y grumetes Torres, Portales, Medina y Valcárcel.

La blancura actual de la torre de combate contrasta con la calcinada y ensangrentada torre de ayer; de la dotación compuesta por 200 hombres, 58 se inmolaron, disputándose un lugar en la gloria. (Foto 10).

Avanzando a popa ubicamos otra cúpula de bronce que indica el lugar donde cayó el Comandante de la Esmeralda. Junto, se yergue la superestructura central de la nueva torre de mando, que ocupa un espacio mayor que la anterior -que no llegaba a la borda, que era hexagonal y con un puente volante–. La referida torre fue completamente destruída durante el Combate de Angamos y, como ya lo mencionáramos, allí se sacrificaron el Almirante Grau y el Teniente Ferré.

En la parte posterior de la actual torre de mando, existen dos escalas que conducen a una caseta blindada con ocho mirillas, la cual fue acondicionada como puente de gobierno; tiene instalados un compás, un telégrafo de órdenes, un tubo acústico y una rueda de cabillas. En el exterior tiene montadas dos ametralladoras Maxin -una por banda-, y otro compás en crujía. (Foto 11).

Al bajar y discurrir nuevamente por cubierta observamos la alta y ancha chimenea pintada de color amarillo; junto a su base descansa la lumbrera de dos aguas que lleva una placa de bronce con la siguiente dedicatoria: "A Miguel Grau, valentía en la lucha, caballerosidad en tu vida fueron los atributos excelsos de tu existencia ejemplar, ¡oh! ilustre marino de la tierra hermana. Gesto de confraternidad Americana de la Escuela Pedro Aguirre Cerda de Santiago. Talcahuano 2 de noviembre de 1946". Acompañando a esta lumbrera de ocho portillas, está la ya antes citada cúpula de bronce en honor al Gran Almirante Miguel Grau.

Lo que ahora tenemos frente a nosotros es el palo mayor, que se yergue limpiamente a lo alto hasta la cofa semicircular; a partir de allí empalma con el mastelero. Señalando a popa, el pico luce solitario. Aquí ondeó el rojiblanco pabellón que no se rindió jamás.

Los flechastes llegan hasta la base de la cofa, que tiene dos aberturas para el paso de los artilleros. Como se recordará, nuestro Monitor, hasta el combate de Punta Angamos, anidó allí una ametralladora Gatling que debió barrer con su granizada de fuego y plomo las cubiertas del acorazado contrincante.

Una sucesión de lumbrera, cachimbas de ventilación y lumbrera siguen al palo mayor; por sobre estos ductos de ventilación y luz se ha construido una cubierta de botes -que antes no hubo-, dos de los cuales cuelgan de pescantes a babor y estribor, respectivamente. No puedo apartar una idea: fueron botes como estos, desde los cuales, nuestros antecesores, dieron la mano a los náufragos de la Esmeralda.

Antes de llegar al alcázar pasamos por detrás de la lumbrera de la cámara. En este lugar -a cada banda- están montados dos cañones de menor calibre apuntando sobre las bordas. Bajo la toldilla del alcázar está situada la rueda doble de gobierno para la navegación normal, junto a un compás magnético. La parte posterior de la rueda, donde antes estuvo emplazado un cañón, queda libre. (Foto 12).

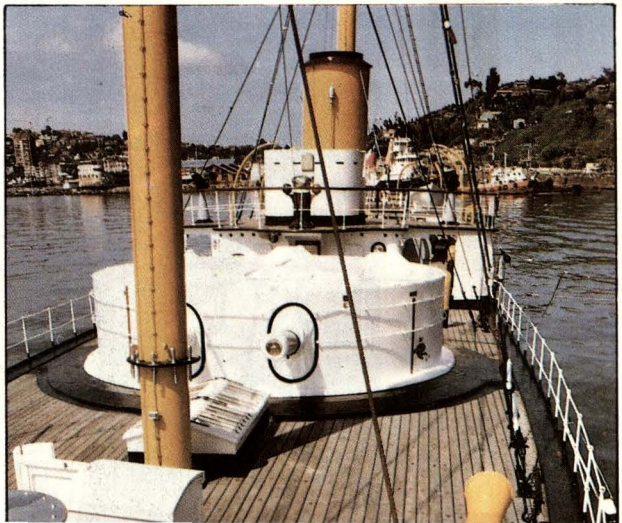
Ya casi a punto de culminar nuestro recorrido por el glorioso Huáscar, ascendemos por una de las escalas a la cubierta de la toldilla; dos pares de pescantes,



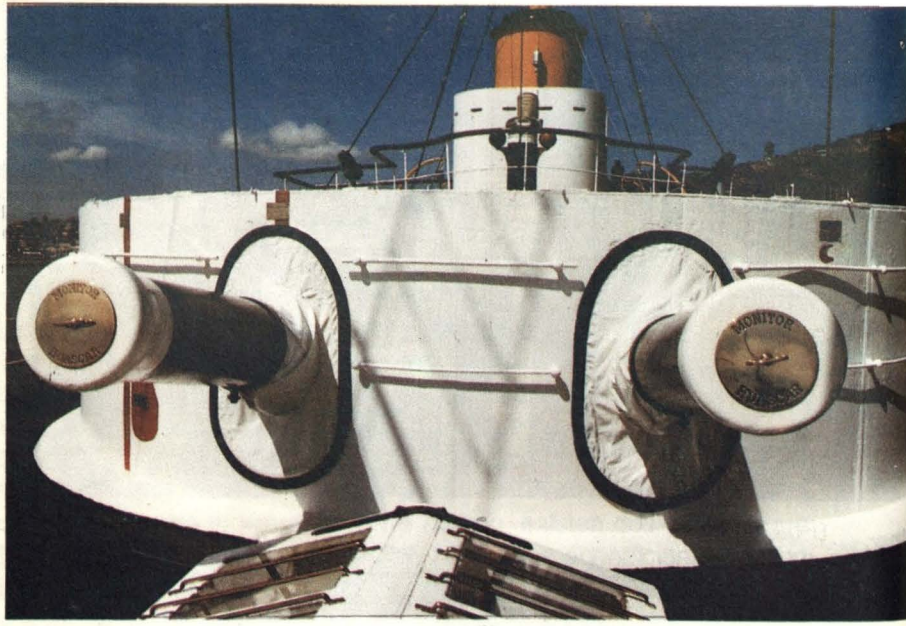
(Foto 7)



(Foto 8)



(Foto 9)



(Foto 10)



(Foto 11)

(Foto 12)



otro girocompás, otra bitácora y una tercera cúpula de bronce, que recuerda la muerte del Comandante chileno Thompson, se sitúan aquí.

En el mástil el pabellón chileno cuelga lánguido, debido a la ausencia de brisa marina a esta hora del día.

Mi provisión de película ya casi estaba agotada cuando dimos por concluida la visita y retornamos a tierra, no sin antes agradecer a la señorita guía por las facilidades brindadas.

Agolpados en mi mente, bullen aún, como una imagen viva, los instantes de emoción que experimenté a bordo del Monitor Huáscar. Sé que siempre permanecerán conmigo.

TERCERA PARTE

Guardianes Eternos

Días después de mi comisión en el Museo Naval, de manera casual, encontré al Técnico David Samillán, encargado de la pinacoteca, quien inquirió sobre el resultado de las fotografías tomadas al Monitor Huáscar. Le manifesté que el resultado había sido positivo y le reiteré mi agradecimiento. Enseguida entablamos un breve diálogo:

- A propósito, ¿quién es el viejo marinero que me facilitó el captar las fotos?
- ¿Viejo marinero? ... ¿usaba gorra y gabán azul?
- Si, y en letras doradas decía HUASCAR.
- Yo nunca lo he visto, sin embargo sé de quien se trata; algunas personas me han comentado de él, y hay algo más: también se ha visto a un anciano Alférez, alto, de bigote y perilla. Dicen que ellos son los guardianes eternos del Museo Naval. . .



La patrulla de combate "Piraña", fuertemente armada y tácticamente organizada en fila india, distanciada cada uno del otro por varios metros, se aprestaba a patrullar por una trocha desconocida